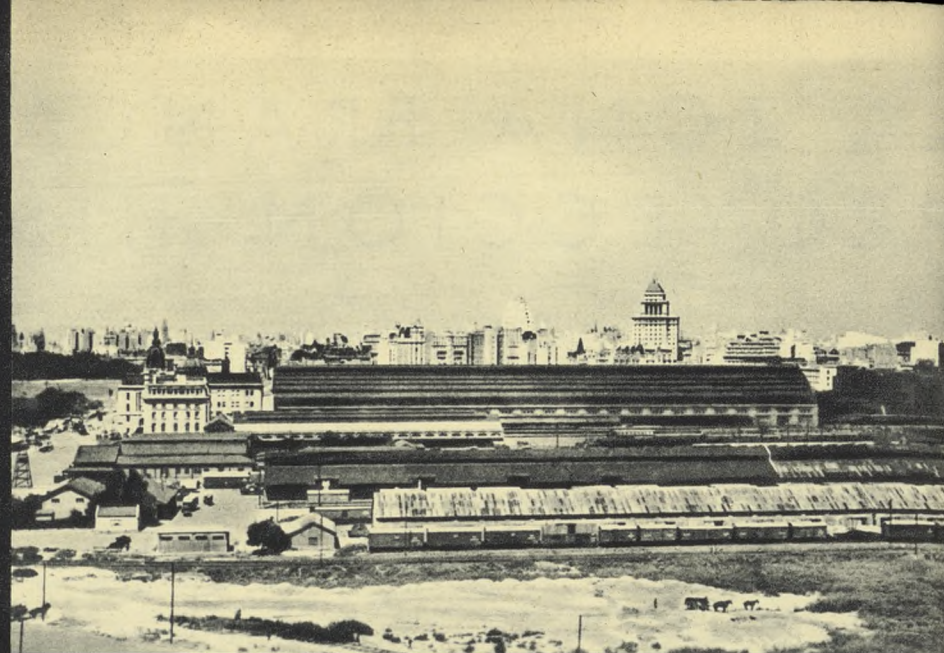




VISTA DE LA CIUDAD DEL PLATA



ESTACIONES RETIRO DE LA CIUDAD



DEPOSITOS DE PETROLEO JUNTO AL PUERTO



PANORAMICA NOCTURNA DE BUENOS AIRES



PLAZA DE MAYO



VISTA AEREA DE LOS RASCACIELOS



PANORAMICA DEL PUERTO ARGENTINO



PLAZA DE LA REPUBLICA

MISION HISPANICA DE LA GRAN ARGENTINA

El tema de la permanencia y la trascendencia del espíritu español —de «lo español», de «lo hispánico»— en América, es uno de los grandiosos problemas de nuestro tiempo que con mayor justicia preocupan y apasionan a las juventudes intelectuales de América y de España. Y, al referirse a él, es frecuente oír a personas poco reflexivas, de esas que juzgan las cosas de prisa y por encima, afirmaciones como ésta: «La Argentina es lo menos español de América; las grandes inmigraciones de otras razas y las influencias de culturas extranjeras, la han convertido en un centro cosmopolita que nada tiene que ver ya con España.» Y esta creencia, por desgracia bastante extendida entre mentes perezosas, es falsa de toda falsedad. En realidad, lo que ocurre en el caso argentino es todo lo contrario, y, para mí, la Argentina de hoy es, tal vez más que ninguna otra, la «Nueva España» del futuro. Quizá esta afirmación les parezca a algunos confusa y exagerada, por lo cual procuraré explicarla, aunque tropiece con las dificultades que imponen los límites de un artículo de periódico.

EL PROBLEMA DE LA PERMANENCIA DE LO «HISPANICO» EN LAS AMERICAS
por J. E. Casariego

RECOGEMOS EN ESTAS TRES PAGINAS VARIOS ASPECTOS DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES, QUE OFRECE EN SU ACTUAL FISONOMIA LA HONDA Y CLARA HUELLA DE LA INFLUENCIA ESPAÑOLA

NACIONALIDAD Y FOLKLORE

En primer lugar, al estudiar seriamente un tema así, tratándose de un pueblo, hay que comenzar distinguiendo los valores permanentes y trascendentes del color local folklórico y pintoresco. Si nos fijamos sólo en lo último, esto es, en el continente y no en el contenido, en la piel y no en el organismo, es posible que tengan razón las mentes perezosas que afirman lo que arriba se transcribe. Porque la Argentina de hoy es país de poco folklore, de escaso color local. Pero si consideramos, en síntesis, el problema sobre el modelo histórico de la propia España fundadora, observamos inmediatamente la pervivencia histórica de Castilla, que es la región menos colorista de la península. Es el mismo caso de Prusia con relación a la Gran Alemania, de Toscana con relación a Italia, de Inglaterra con relación a la Gran Bretaña y de la Rusia Blanca y bizantina con relación a la Gran Rusia de Eurasia. En la formación de todas las grandes nacionalidades europeas, podemos ver cómo la unidad y la proyección exterior se hacen en torno a la región menos localista y folklórica que es, quizá por eso, la más universal, la más capacitada para la empresa imperial con contenido de universalidad. Es, por tanto, una verdad repetidamente demostrada por la Historia, que aquellas regiones en las que el puro espíritu de la nacionalidad —de los altos valores de la nacionalidad— prevalece sobre el ropaje externo

del folklore, son las más aptas para encabezar las grandes empresas universales, en las que el espíritu de una Fe, de una lengua, de una cultura, como instrumentos, en fin, de una fuerza immanente y fatal, determinan el ciclo del Imperio (1).

ELEMENTOS DE JUICIO

Yo acabo de recorrer la gran nación argentina. Hace apenas unos días estaba todavía en Buenos Aires, en cuya ciudad viví cinco meses. He explicado dos cursillos de mi especialidad en las Universidades de Buenos Aires y de La Plata. He atravesado la pampa y las sierras y me he detenido en el bucólico remanso de algunas estancias del interior. Visité e hice mis observaciones en los centros ciudadanos de Rosario, Santa Fe, Córdoba y Mendoza, y en la capital federal procuré deambular por los barrios donde predominan los italianos, los turcos y los judíos. Por razón de mi oficio y de mi misión, alterné con grupos intelectuales de diversas y contradictorias tendencias.

Cambié impresiones con políticos de distintos partidos y tuve el honor de ser recibido y dialogar durante hora y media con el Jefe del Estado. Cito todo esto a título de mis elementos de juicio. Paso ahora a exponer este juicio en forma sintética, rápida, casi telegráfica:

EL IDIOMA

En todas partes, de la Patagonia al Chaco y de los Andes al mar, he oído hablar español, y buen español, por cierto, con su *voseo*, sus arcaísmos gratos, que ennoblecen y dan regusto a la lengua y sus agudos modismos criollos. Un español, incluso, superior al que se habla en muchas regiones de la Península, donde predominan las formas dialectales. El acento, sobre todo en los labios de las lindas criollas, se hace sumamente agradable por su dulce eufonía. El apelativo *vos* tiene un encanto ceremonioso, dentro de la sencillez de la plática familiar. Los militares, como en los tiempos de Cervantes, tienen *foja* de servicio. En cierta ocasión, oí comentar a un obrero un vulgar suceso, y escuché: «*Le dió un fierazo en la cabeza con el fierro de apalancar.*» (Tal diría un menestral del tiempo de Isabel de Castilla.) «*Se venden frazadas de lana merina*», dice,

(1) En este trabajo se da a la palabra «Imperio» su recto significado etimológico, histórico y erudito, sin ningún sentido político actual.

en el centro de Buenos Aires, un gran letrero comercial. Los acentos prosódicos traspuestos son también otro arcaísmo amable:

«*Llévate la cosa*», «*Andáte ligero*», que recuerdan aquel magnífico pasaje de una crónica de las luchas del Perú, del siglo XVI, que pone en labios de Pizarro, el Grande, esta frase «después criolla»: «*Vení vos conmigo, mi vieja espada.*» El *che*, el familiar y confanzudo apelativo argentino, es español hasta las cachas, como se diría por aquí. Es el conocido valencianismo, apócope de *chiquet*, muchacho, llevado a las tierras del Plata por los marineros levantinos que monopolizaron allí el cabotaje durante el siglo XVIII. Los viejos refranes del antiguo refranero castellano han tomado carta de naturaleza en la Pampa. No hay más que leer el *Martín Fierro* (una de las más altas producciones de la lengua, quizá la más alta del siglo XIX). Por cierto que, respecto a esto, soy poseedor de una anécdota que no quiero callar: Un día, en una conversación, se me ocurrió decir: «*No hay atajo sin trabajo.*» Y uno de los contentillos, comerciante criollo, mendocino, sin preocupaciones intelectuales, hombre medio de verdad, me apostilló: «*Ya veo, amigo, que se va usted acriollando.*» ¡Acriollándose un peninsular de las Asturias por decir *foja* y *fierro* y *vos* y *No hay atajo sin trabajo!* ¡Maravilloso *acriollamiento*, que es una manera de volver a nosotros mismos en el momento de nuestra mayor grandeza!

Pero aún hay más en esto del idioma. Y muy significativo. Durante el siglo pasado, sobre todo después de las campañas de Sarmiento, Alberdi, Gutiérrez, etcétera, se intentó en la Argentina crear un «idioma nacional», a base de los vulgarismos y extranjerismos usuales, todo lo cual culminó con la publicación, en 1900, del desdichado libro del francés Luciano Abeille *Idioma nacional de los argentinos*.

Tan disparatado fué este engendro que sirvió de losa a la sepultura del intento de «idioma nacional». Otro francés y argentinista eminente, el señor Groussac, calificó la obra de su compatriota de *rapsodia en que la ignorancia absoluta del asunto (comenzando por el castellano) toma la forma de una baja adulación al criollismo*. Y uno de los más ilustres literatos argentinos, don Ricardo de Rojas, dijo: *Repudio el libro (el de Abeille) porque carece de sistema científico y porque fomenta las inclinaciones más barbarizantes y vanas del patriotismo criollo*.

Cuarenta años después del alegato de Abeille, el Consejo Nacional de Educación prohibió terminantemente en las escuelas, centros oficiales y la radio, que se hable con *voseo* incorrecto y se empleen los vulgarismos corrientes. El decreto lleva fecha de 1940. Significa la victoria total del castellano culto, académico. Es el mismo caso de la España del 1500, cuyos gobernantes y letrados se esforzaban en que nuestra lengua, aún no perfecta, se pareciera a su padre, el latín elegante que estaban desenterrando los rena-

centistas. «*Quiérese una mayor prueba de hispanismo*», de paralelismo, en la misión preimperial?

Y esto del idioma tiene ya en sí una fuerza inmensa. El idioma no es simplemente un medio mecánico de expresar el pensamiento, sino que es el pensamiento mismo. Por eso, las lenguas tienen «sangre y alma», como decía muy gráficamente nuestro impar Unamuno. Se piensa como se habla, y así, los pueblos pueden agruparse por sus idiomas, sobre todo teniendo en cuenta la sintaxis de sus idiomas.

De ahí el fracaso de los idiomas «inventados» y racionales, como el esperanto o esta monserga de ahora del inglés básico. Pero, en fin, el problema del idioma-pensamiento está sobradamente estudiado en Filosofía, para que yo ahora pretenda insistir sobre él. Quede sólo esta rotunda afirmación: La Argentina piensa en español porque habla en español. Y esta rotunda afirmación puede comprobarse en otras muchas observaciones sobre la vida argentina. Por ejemplo:

REACCIONAR A «LO CRIOLLO»...

Otra anécdota para comenzar este apartado. Conocí en Buenos Aires un matrimonio, ella nieta de extranjeros, pero ya argentina de pies a cabeza; él emigrado hacía diez o doce años de un lírico y blando país europeo. Ella —hermosísima y honesta señora— solía despertar frecuentes y espontáneas admiraciones verbales cuando transitaba por las calles, ante lo cual el marido adoptaba siempre una postura de estoica resignación. A mí me los presentaron en una tertulia, y un día coincidimos en la estación del Retiro para tomar el tren del Tigre. Al momento de subir la señora, un tipo con cara de *compadrito* (el *compadrito* es la réplica porteña del «chulo» madrileño), se estiró para espetarle un piporo: «*¡Pero qué churro...!*», le dijo a la hembra, inclinando el torso hacia ella. El esposo se limitó a desentenderse y a empujar a la mujer para que subiera más pronto al tren.

Pero una vez acomodados los tres, ella no pudo contener el estallido de su cólera magnífica. Puso —justamente— al pacífico marido como un mismísimo trapo y terminó con esta arrogante y soberbia afirmación:

—*Vos sos un «gringo», vos no reaccionás a lo criollo.*
¡Y qué espléndida estaba mi bella amiga al decir aquello! Ella —sólo dos generaciones— era ya criolla, y le indignaba y no comprendía la actitud del cónyuge *gringo*. Ella pedía celos, y pasión, y coraje al macho que no tolera ni que le miren a «su» hembra. Ella, *gringa* también, dos generaciones, era ya criolla —hispana—,



EL EXCMO. SR. D. JUAN DOMINGO PERON, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ARGENTINA ACOMPAÑADO DE SU ESPOSA EXCMA. SRA. DOÑA MARIA EVA DUARTE CON EL EXCMO. SR. EMBAJADOR DE ESPAÑA EN LA ARGENTINA SR. AREILZA

y, sin saberlo, vibraba como la copla «de redaños» —bárbara, celtibérica— que salta pujante de las bandurrias cantarinas en las noches de rondalla y alegre garzonia:

*La reja de esta morena
la ronda ahora un valiente
y aquel que por ella venga
está «condenao» a muerte.*

A lo largo de la Argentina he observado actitudes puramente hispánicas en gentes de apellidos italianos o polacos, que reaccionaban, o, lo que es aún más importante, se jactaban de reaccionar «a lo criollo». Y precisamente reaccionaban así ante cosas fundamentales de la vida, ante cosas que son «piedras de toque» para el temperamento humano, como el Amor, el Dolor, la Muerte, la Dignidad. Y es que todas esas gentes —inmensas masas— estaban ya argentinizadas —hispanizadas— o en indudable proceso de argentinización.

Además, téngase en cuenta que esas masas sólo constituyen parte de la población total de la Argentina. Otra gran muchedumbre de argentinos —la mayoría—, la forman los descendientes de los conquistadores y colonizadores, los hijos de una o dos generaciones de españoles peninsulares y un gran número de españoles europeos. Hay también los mezclados de sangre española con las de otras procedencias. Unos y otros son el elemento de atracción «nacional», los que asimilan a la riada inmigrante. Los que mantuvieron el idioma y la nacionalidad y evitaron que aquel principio optimista de Alberdi, *gobernar es poblar*, terminase en una catástrofe de descastamiento y babel. En la Argentina, más que en ningún otro lugar de la Tierra, tiene realidad aquella afirmación de Waldo Frank: *Todo lo que entra en el ser de España termina siendo irrevocablemente España.*

Y España está ahí, en «lo criollo», que es una pura floración de «lo hispánico». Y esto se extiende a todas las formas de la vida. Un barrio de cualquier ciudad argentina, con su gente popular, se parece más a un barrio de cualquier ciudad española que al de cualquier otra población del mundo no hispanoamericano. Una muchacha argentina —que es americana— se parece mucho más en su concepto del pudor, por ejemplo, en su manera de hablar y de moverse en la vida, a cualquier muchacha peninsular —que es europea—, que a otra de los Estados Unidos, que es también americana, o que a una de Inglaterra, que es también europea. Y es que eso de «Europa» y «América», con lo que tanto se juega en política internacional, tiene como contenido real y humano total muchísima menos importancia que lo que muchos lectores de periódicos se creen. La cuenca del río de la Plata es mucho más «Europa» que muchas comarcas puramente europeas por la Geografía y por la Historia.

A PESAR DE TENERLO TODO EN CONTRA...

Pero volvamos a la aguda frase de Waldo Frank. El caso argentino es verdaderamente revelador, porque allí «lo hispánico» ha jugado con todos los factores históricos en contra y ha prevalecido únicamente por esa fuerza fatal e irrevocable de su destino padreador y eterno. Examinemos este interesante aspecto:

Cuando, hace cerca de siglo y medio, se realizó la emancipación política de las tierras que hoy corresponden al Estado argentino, los hombres contenidos en ellas no sobrepasaban el medio millón de habitantes, según los cálculos más optimistas. Los lazos materiales con la Madre Patria quedaron entonces rotos y la propaganda del movimiento romántico-liberal, alimentó a las multitudes con tópicos de furioso antiespañolismo, produciéndose una corriente filosófico-política adversa a España y a todo «lo español», de la cual fueron representantes Sarmiento en la Argentina y Bilbao en Chile.

España, por su parte, carecía, ciertamente, de ejemplaridad. Se desgarraba en guerras civiles pariguales a las de los «caudillos» o «montoneras» de la pampa cruel y fecunda. No producía ni ciencia, ni técnica, ni capitales, ni literatura. Los españoles emigrantes eran «los gallegos», toscos y zafios, salidos de las más humildes clases campesinas, que iban a las Américas, no como nietos de los conquistadores de antaño, sino como criados, friegaplatos, horteras. ¡Qué prestigio el del ingeniero inglés frente al *mucamo* gallego! En nada, ante los ojos de nuestros separados y reñidos parientes, éramos capaces de emular a los «europeos». (Ya se lo dijo Sarmiento en Madrid a su paisano Ventura de la Vega: *Como allá no leemos libros españoles; como ustedes no tienen autores, ni escritores, ni sabios, ni comentaristas, ni historiadores, ni cosa que lo valga; como ustedes aquí y nosotros allá traducimos, nos es absolutamente indiferente que ustedes escriban lo traducido de un modo y nosotros de otro.* Sarmiento, que no tenía pelos en la lengua, fué descortés y exagerado, pero con un innegable fondo de razón.)

Eran aquellos los días terribles de *l'Espagne* de pandereta, de una España arruinada y casi colonizable a través de los empréstitos y de las intrigas de cancillería. Además, sobre la Argentina, gravitaban, con su ejemplo, los ingleses y los franceses, que exportaban su ciencia, su técnica, sus capitales, sus modas y hasta su *esprit*, que también era una manera de *faire l'Amérique*, como ellos mismos reconocían. Miles de soldados franceses e ingleses combatieron en las luchas platenses en la época de Rosas. Millones de emigrantes de otras razas y lenguas se volcaron sobre el país... Desde todo eso han transcurrido cien años y... ¿qué queda en pie? El nombre inglés de dos o tres estaciones de ferrocarril, cierto laudable regusto de buena cortesía francesa, una docena de italianismos ya «acriollados»... y para de contar. Todas aquellas modas han pasado o están pasando. Y, en cambio, «lo hispánico» sigue firme y clavado como espina dorsal de la Argentinidad, es nervio y fibra que caracteriza «lo nacional». Y gana terreno día a día, atrae con pasión a las juventudes, hace escuela intelectual y, en las recientes jornadas electorales (pese a lo episódico de tales actos), el pueblo refrenda con mayorías aplastantes y entusiasmadas a los partidos que hacen ostentación y alarde de sus programas hispanistas o de criollismo. («¡Whisky, no; mate, sí!»), proclamaba un cartel que inundaba hace meses Buenos Aires.

... Y hoy la Argentina es así, a pesar de haberlo tenido todo en contra durante más de un siglo...

Y es que la Argentina, con ese inmanente sentido, casi biológico, de la perduración, de la conservación, que tienen los pueblos, sobre todo cuando se acercan a la madurez histórica, comprende que es «lo hispánico» lo que le da carác-

MISION HISPANICA DE LA GRAN ARGENTINA

(VIENE DE LA PÁGINA 70)

ter, lo que le personaliza en el mundo. De manera intuitiva sigue aquel principio de Menéndez y Pelayo: *Lo que no es tradición es plagio*. Y un pueblo de la grandeza, de la personalidad, del origen y formación del argentino, no puede plagiar. Y busca lo suyo, "su alma", lo que naturalmente le aflora del hondo de su ser, sobre las influencias epidérmicas de las "modas" y aun incluso sobre los fatales tirones de lo telúrico.

Esto lo sintieron siempre—aunque no de manera clara y consciente—las mejores cabezas argentinas. Hasta en el mismísimo antiespañolismo furibundo de Sarmiento late, irreprimible y magnífica, una soberbia personalidad hispánica, descontenta y rebelde, contra el medio decadente de su tiempo. Y hace veinte años, un catedrático argentino, el Dr. D. José León Suárez, en un trabajo sobre Mitre, lo decía sin ambages ni rodeos: *Solamente cavando en la roca viva del hispanismo y empleando como cal hidráulica el espíritu de esta civilización milenaria con respecto al mundo y tricentenaria con respecto a América, podía y puede levantarse el hogar que definitivamente cobijara a la gran familia argentina.*

Grandeza argentina y paralelismo hispánico.

Observemos, para reafirmar todo lo dicho, cuál fué la formación histórica de la vieja España peninsular, que culminó en el magno ciclo de los siglos XVI y XVII. ¿Es que acaso hubo en España una unidad racial, una pureza de sangre y una unidad de cultura cerradas a las corrientes renovadoras del mundo exterior? No; de ninguna manera. Sobre los diversos fondos de la barbarie indígena remota se vierten y entremezclan las razas y las culturas más diversas: el aluvión de sangres y métodos colonizadores que traen las conquistas de celtas, iberos, tartesio-tirsenos, púnicos, helenos y romanos; las invasiones nórdico-germánicas; la Babel de pueblos—árabes, moros, persas, etc.—que nos soplan los vientos del Islam; los judíos también. Y de ese caos de sangres, razas, religiones, culturas, modas e influencias diversas, sale la vieja España, *unida y en orden*, de los Reyes Católicos.

La Argentina, tras una evolución muy semejante, está ahora viviendo lo que podríamos llamar la etapa preimperial de su Historia; comparable, con las reservas lógicas de tiempo y espacio, a la que vivió España a finales del siglo XV. La Historia argentina, estudiada con criterio metódico y científico, ofrece las siguientes etapas, que permiten un parangón así:

Argentina ("lo hispánico" en América o futuro de "lo hispánico")

- a) *la barbarie indígena prehispánica*, sin cristianismo y sin alfabeto, sin rueda y sin ganado. Prehistoria de querandíes nómadas y fluviales.
- b) *la población*: cuando llega el hombre blanco (hispánico) y levanta las primeras ciudades con iglesias y escuelas y traza los primeros caminos, y puebla la pampa con vacas y caballos. Empieza la vida histórica.
- c) *la provincia imperial*: Universidad, Imprenta, Virreinato, Consulado, Leyes de Indias, Cabildo, gloria militar al rechazar al invasor inglés (el *queremos al amo viejo o a ninguno*, de Belgrano). Idioma castellano. Criollos ilustres en las ciencias y en las artes.
- d) *la emancipadora o separatista*: 1810, 1816; guerras civiles entre realistas partidarios de la unidad imperial y romántico-liberales partidarios de la República independiente, no "españoles y

España ("lo hispánico" en Europa o pasado de "lo hispánico")

- a) *la barbarie preclásica*: trogloditas y cazadores. Pastores. Protohistoria.
- b) *llegada de los pueblos clásicos*: primeros contactos con sus culturas. Vida agrícola, minera y marinera. Empieza la vida histórica.
- c) *la España romana*: vías, acueductos, medidas. "Lex" y "Pax" romanas. Séneca, Columela, Quintiliano, Adriano, Prudencio. Lucha por Roma contra el Norte. Latín. Municipios.
- d) *Edad Media*: anarquía, invasiones. Persistencia de "lo romano" como aglutinación nacional en Orosio y San Isidro. Independencia política

"americanos", como dicen las "seudohistorias". República Argentina, ideas foráneas.

- e) *la anarquía*: se resume en cuatro palabras: "caudillos" y "montoneras", "federales" y "unitarios". Rota la unidad imperial y su "Lex", florecen el desorden, la anarquía y la descomposición; pero se prueba la fibra dura y heroica de la raza. "Martín Fierro".
- f) *la reconstrucción y estabilización*: las emigraciones, el ferrocarril, el alambrado, la ganadería científica, los primeros frigoríficos y los últimos indios bravos.
- g) *la del crecimiento y robustecimiento*, esto es la maduración de la anterior, que llega hasta nuestros días.
- h) *la preimperial*: Superadas las anteriores, la Argentinidad tiene conciencia de su misión histórica, se emancipa de las tutelas plutocráticas (máscaras de coloniaje). Reafirmación y restauración de "lo hispánico". Celos por la pureza del idioma. Proclamación del "somos hijos de los caballeros que vinieron de España" (discurso oficial del Jefe del Estado). Prestigio interamericano y universal de la Argentina. Empieza a hablarse de la "Gran Argentina". Industrialización. Marina.

peninsular bajo ideas foráneas. Monarquía española.

- e) *Baja Edad Media*: luchas de reinos y caudillos, más aluviones de moros y judíos. Descomposición interior, pero las gentes se están forjando un espíritu y un nervio. Romancero.
- f, g, h) *Reyes Católicos*. Fin de la anarquía, organización interior, prestigio exterior. Castilla se asoma al mundo. Vísperas del Imperio. Renacimiento de "lo romano". Latinización del idioma. Proclamación del "somos hijos y continuadores de la Madre Roma", del Imperio romano. Lucha contra las oligarquías enfeudadas y los resabios medievales en las Comunidades. Reorganización de la ganadería—Mesta—, de la Industria—Ordenanzas gremiales—, del Comercio y la Marina—Ordenanzas consulares—.

¿Será necesario insistir en el paralelismo? La Argentina—puede afirmarse sin temor—no hace más que PROSEGUIR EN EL SIGLO XX EL PROCESO HISTÓRICO DE LO HISPÁNICO EN EL MUNDO, CORTADO HACE SIGLOS POR LA DERROTA Y LA RUINA DEL IMPERIO ESPAÑOL, AL QUE FATALMENTE SUCEDERÁ ESTA SU HIJA DE LA HISPANIDAD AMERICANA.

La Argentina está, pues, en esa etapa que aquí califico de preimperial, semejante, como acaba de verse, en tantos aspectos, a la de la vieja España europea del siglo XV.

Ortega y Gasset, uno de los más agudos veedores de nuestro tiempo, lo vió así hace ya unos cuantos años, cuando escribió en *El Espectador* (VII, 217): *El pueblo argentino no se contenta con ser una nación entre otras; quiere un destino peraltado, exige de sí mismo un futuro soberbio, no le sabría una historia sin triunfo y está resuelto a mandar. Lo logrará o no; pero es sobre manera interesante asistir al disparo sobre el tiempo histórico de un pueblo con vocación imperial.*

Ved si no el ideal constructivo de la nueva y Gran Argentina hispánica de hoy, plasmado en las palabras inolvidables que el Jefe de su Estado y Conductor de su Pueblo pronunciara en Buenos Aires en el Homenaje a Cervantes (12 octubre 1947):

Los pueblos de la Hispanidad—dijo el caudillo del Sur—también constituimos una unidad y también vivimos dominados por la pasión patriótica. Tenemos mucho en común que defender: unidad de origen, unidad de cultura y unidad de destino. Vivimos hermanados por vínculos de idioma, de religión, de cultura y de historia. Estas identidades DEBEN IMPULSARNOS A UNA EMPRESA UNIVERSAL QUE, DESBORDANDO LOS LÍMITES GEOGRÁFICOS AISLADOS, INTEGRE LA VERDADERA UNIDAD ESPIRITUAL DE LOS PUEBLOS HISPANOS... HOY MÁS QUE NUNCA DEBE RESUCITAR DON QUIJOTE Y ABRIRSE EL SEPULCRO DEL CID CAMPEADOR.

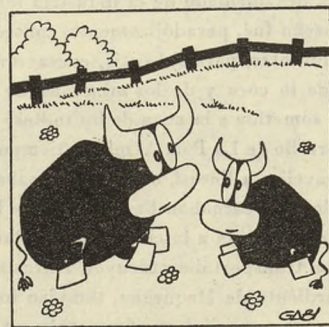
A la Argentina, nación pródigamente dotada por la Naturaleza, crisol de buenas razas occidentales bien alimentadas e instruídas, con inmensas perspectivas en el orden económico y en el cultural, iniciando la etapa de la industrialización y del cultivo espiritual de la propia personalidad, no hay duda que han de caberle—si no los malogra—espléndidos futuros, llenos de gloria y de grandeza, como aquellos que en su tiempo entrevieron los Reyes Católicos para hacer las páginas más importantes y trascendentes de la Historia del Mundo.

J E S U S E V A R I S T O C A S A R I E G O



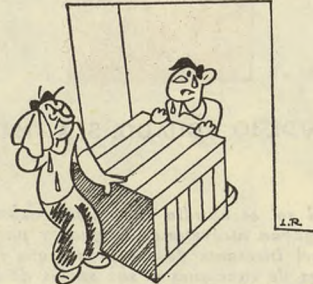
DESPUES DEL TERRIBLE ACCIDENTE

—¡Oh, querido mío! Estoy encantada; toda la Prensa de hoy se ocupa de ti.



AMBICIONES JUVENILES

—¿Y tú qué quieres ser cuando seas mayor, hijo mío?
—Torero.



ESFUERZO COMBINADO

—¡Uf! Llevamos casi una hora empujando para meterlo dentro y seguimos en el mismo sitio.
—¡Ah! Yo creía que querías sacarlo fuera.



—Estos niños me llevaron la cola del vestido el día que me casé, y ahora no puedo darles esquinazo.